

Argentina. Enfermedad con pronósticos inciertos

Julio Godio

La Argentina experimenta una crisis global, que abarca la economía, la sociedad y la política. El Estado ha colapsado y las instituciones representativas se disgregan. Esta crisis sanciona el fin de una época y confusamente se abre una disputa por la formación de una nueva hegemonía política. El país sufre el impacto de dos enfermedades: una antigua, el agotamiento del modelo de industrialización semiautárquico; la otra más reciente, la violenta incorporación neoliberal a la globalización. El gobierno surgido en enero de 2002 es neodesarrollista. La economía ha logrado estabilizarse y la conflictividad social ha disminuido, pero persiste una fuerte crisis política, derivada de la resistencia activa de la sociedad a los partidos tradicionales.

La Argentina experimenta una «crisis global». Como lo demuestra la historia contemporánea, estas crisis pueden localizarse en un país o abarcar un conjunto de ellos. La cuestión consiste en preguntarse cuándo una crisis es global: cuando una formación económico-social y política se ha agotado y entrado en descomposición. Colapsa no solo el modo de acumula-

ción y distribución, sino también el sistema de representación política y las ideologías. El Estado-nación pierde su capacidad de intervenir en la economía y en la sociedad. Una crisis global sanciona el fin de una época y anuncia, todavía confusamente, el inicio de otra: esto es lo que está ocurriendo en Argentina a partir de los sucesos de 19 y 20 de diciembre de 2001, cuando una

revuelta popular nacional, con epicentro en la Capital Federal, derrumbó al gobierno de la Alianza, presidido por Fernando de la Rúa.

Vías de aproximación a la crisis

Existen diversas vías de aproximación al fenómeno de la crisis argentina. Así, una es el estudio del régimen de Convertibilidad, que como es conocido funcionó a través de la «valorización financiera rentística del capital» durante 10 años, y desembocó desde 1998 primero en recesión, luego en depresión y por último en la cesación de pagos. Otra vía es el estudio del perfil de la «sociedad política», es decir, del personal dirigente en el Estado y en los gobiernos, a partir de la instauración de la democracia política en 1983. Ese personal político reconstituyó los viejos partidos preexistentes a la dictadura militar (1976-1983), en particular, el peronismo y el radicalismo, pero sobre las bases de la preservación de las viejas culturas populistas y las prácticas clientelares. Eran formaciones políticas –incluido el Frente País Solidario (Frepasso), formado a mediados de los años 90, liderado por Carlos Chacho Alvarez– sin vínculos con el mundo del trabajo (los trabajadores y las empresas), los sindicatos y las organizaciones generadoras de saberes culturales y tecnológicos. Los líderes políticos argentinos se relacionaban con la revolución informática participando en programas de televisión, pero no tenían idea de que lo que na-

cía en el mundo era la sociedad de la información.

También podemos escoger la vía de estudiar el proceso de destrucción masiva y de pérdida de calidad de los empleos, en un país que se articuló en el pasado como una sociedad salarial con movilidad social ascendente, y que desde hace varias décadas experimenta un constante proceso de degradación del mercado de trabajo a través del cuentapropismo, empleos precarios y en negro. Ahora ha desembocado en una sociedad dual, en la que 53% de la población está constituida por pobres con menos de 200 dólares de ingreso familiar, y donde la tasa de desocupación es de 21% de la población económicamente activa (PEA).

Como vemos, podemos aproximarnos al fenómeno de la crisis global argentina desde diversas vías. Pero esas vías serán sólo aproximaciones, si no llegamos a descubrir por qué un país que hace 50 años era original entre los países periféricos por su potencial económico y su mercado de trabajo moderno, es ahora también «original» por su abrupto desplome económico-social. La crisis argentina se parece más a la República de Weimar en Alemania (1919-1933) que a una crisis clásica de países subdesarrollados.

La primera enfermedad

Permítaseme ir rápidamente al núcleo de la tragedia argentina para poder

explicar lo que caracteriza a la crisis global en este país. En realidad, la crisis es el resultado de la convergencia en un momento histórico (año 2001) de *dos enfermedades que afectan a la economía, la sociedad y la política* desde hace varias décadas. Una es antigua, se remonta a fines de los años 20 del siglo pasado, cuando se agotó el modo de organización de la economía y la sociedad. La Argentina era entonces un gran exportador de alimentos, dominado por latifundistas y no industrializado. Necesitaba hacer un viraje histórico y proceder a una industrialización agroindustrial integrada, que hubiese permitido a la sociedad desplegar su potencial productivo y organizarse según patrones políticos y culturales parecidos a los que predominaron en Canadá o Australia. En cambio, la respuesta a la crisis de los años 30 fue, en primer lugar, la instauración del régimen político conservador excluyente. Luego, espontáneamente, se desarrolla un proceso de industrialización sencilla (a partir de 1935) y de urbanización, pero «de espaldas» al campo. Para dar un ejemplo, la Argentina bien pronto produjo bienes duraderos domésticos, pero nunca se planteó construir molinos de viento, ampliar su infraestructura ferroviaria, etc. De la industrialización nació la «sociedad salarial», pero sin la existencia de mecanismos de negociación entre empresarios y trabajadores. El país marcha entonces en los años 40 hacia un violento conflicto de clases que sólo es frenado por la emergencia de un Es-

tado regulador de los conflictos corporativos: se constituye el peronismo como la fuerza hegemónica en la sociedad y en la política, experiencia estatal que se agota muy pronto, pero que subsistirá como gran tradición nacional-popular.

Pero la primera enfermedad ya estaba instalada: habían nacido la economía semiautárquica y una sociedad tributaria del Estado protector y distribucionista. Nace la Argentina populista y la sociedad argentina se divide en dos: el «país liberal» y el «país católico-peronista». Se instala la cultura de renta. El sueño de realizar en Argentina una «Australia», esto es, una economía de mercado de base agroindustrial, se desvaneció. La democracia política pluralista se tornó inviable. El Estado asumió formas autoritarias para regular los conflictos corporativos. La vieja derecha conservadora excluyente, sin capacidad para construir un partido de masas, concentró sus energías en instalar una y otra vez en el centro de decisiones del Estado a la institución especializada en ejercer la coerción: las Fuerzas Armadas. Comienzan los ciclos de golpes militares. El peronismo es proscrito entre 1955 y 1973. Durante toda esta historia, las viejas izquierdas socialistas y comunistas tenían poco que decir, en tanto el peronismo las había «deglutido» culturalmente al ganar para el justicialismo en 1945 la clase social en la que descansaban los cimientos de la sociedad salarial: los trabajadores.

La segunda enfermedad

La vieja enfermedad continuó su derrotero histórico, porque astutamente se mostraba ante una sociedad dividida entre peronistas y antiperonistas como un momento de estabilidad y bienestar social, esto es, como el «paraíso perdido». Pero la verdadera historia es la que se estaba escribiendo en los países industrializados desde los años 70: el capitalismo había iniciado una «autorrevolución» con base en las nuevas tecnologías informáticas, haciendo posible el inicio de la segunda ola de mundialización de la economía, conocida como «globalización». El capitalismo venció al comunismo, y redefinió los límites posibles para los países del llamado Tercer Mundo, que ahora deberán autodefinirse con una palabra más modesta: el Sur.

Como era previsible, la autorrevolución del capital supo aprovecharse de pisos civilizatorios progresivos que fueron productos legítimos de la lucha y el compromiso entre el capital y el trabajo en los países europeos y Estados Unidos: la democracia política, los derechos ciudadanos positivos y negativos, las libertades individuales, etc. El impulso histórico de la autorrevolución del capital fue gigantesco, y por eso el neoliberalismo se asentó en bases materiales y culturales sólidas en todo el mundo. Sin embargo, la Argentina continuaba impasible y ajena, mientras una gigantesca mutación histórica se producía a su alrededor.

Esa era la Argentina de los años 80. Resultaba legítimo su orgullo por haber podido –por fin– instalar una democracia política plena. No obstante, y aquí introducimos la cuestión de los partidos, el personal político de esa democracia era «provinciano» y facilista. Cons-truyó una sociedad política ineficiente, rentística (tributaria del presupuesto nacional) y proclive a la corrupción. Por cierto que este tipo de sociedad política es un modelo que podemos encontrar en otros países latinoamericanos. Muchos intelectuales argentinos, luego de transitar con desilusiones inevitables por el marxismo, aportaron sus saberes para dotar de ideas a esos políticos, desde una visión liberal de la democracia.

En algún momento de ese deambular errático por el mundo la Argentina debía llegar a algún puerto: ese puerto se llama «menemismo». Por cierto que Menem hizo su campaña electoral en 1988-1989 reviviendo el pasado idílico. De allí sus consignas populistas de «revolución productiva» y «salariazo». Pero en cuatro años (1991-1994), Argentina pasó de ser una economía cerrada a una economía abierta de libre mercado: se privatizaron las empresas públicas, lo que estimuló la inversión financiera extranjera, se privatizó el sistema de seguridad social y se desarticuló la sociedad salarial con reformas «flexibilizadoras» a la legislación laboral.

La Convertibilidad, que inicialmente fue una herramienta para superar la

hiperinflación, se transformó en la llave maestra del funcionamiento de la economía, acelerando la desarticulación de la estructura industrial y basando la competitividad en el endeudamiento externo, la combinación fatal entre la caída de los salarios reales y el aumento forzado de la productividad del trabajo (dado que no incluyó nuevas cualificaciones de la fuerza laboral). Se terminó de construir una economía frágil (pese al impulso positivo del Mercosur) y una sociedad dual. La depresión condujo en 2001 a un *default*. Así, la nueva enfermedad neoliberal (introducida primero temporalmente durante la última dictadura militar) en los años 90 se instaló sólidamente en la estructura económico-social argentina. De este modo fuimos violentamente incorporados a la globalización, lo que era inevitable, pero sin estar preparados para ello.

El pasado idílico peronista seguía presente. Ahora, paralizadas las fuerzas sindicales peronistas, hijas de la sociedad salarial en descomposición, el pasado idílico sólo podía subsistir si lograba confundirse en los nuevos movimientos sociales: los movimientos piqueteros, de desocupados, inhabilitados para parar la producción pero no la circulación (cortes de ruta); los carcerolazos; y finalmente las asambleas barriales, que descreídas de la democracia representativa apelarán al reclamo de la «democracia directa» y la autogestión. Esos movimientos se desarrollaron impetuosamente a partir

del «argentinazo» de los días 19 y 20 de diciembre de 2001.

Entonces la sociedad movilizada comenzó a percibir que los culpables no eran solo el menemismo y la Alianza, sino que los orígenes de la decadencia se remontaban a décadas anteriores. El populismo, representado en los viejos partidos, también fue sometido a la crítica de una sociedad movilizada: desde diciembre de 2001 ningún político puede salir y caminar por las calles sin recibir insultos espontáneos de la población. La intolerancia popular puede ser el inicio de una reforma moral o intelectual progresista, o ser el inicio del fascismo.

Transición «neodesarrollista» y futuro incierto

En el contexto de la crisis global, en enero de 2002 se constituye el nuevo gobierno peronista presidido por Eduardo Duhalde. Es un gobierno formado por un compromiso parlamentario entre el Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical y los restos del Frepaso. El sector hegemónico en el PJ es el duhaldismo, corriente nacional-populista de tipo desarrollista con base principal en la provincia de Buenos Aires. El nuevo gobierno es «de emergencia», y se compromete a estabilizar el país y convocar a elecciones presidenciales en noviembre de 2003 (luego adelantadas a abril de ese año). Es un contexto en que la sociedad brinda chances a la política tradicional para reformarse o perecer.

No ha sido fácil para el gobierno de Duhalde administrar el país durante 2002. Como era previsible, su administración debía cruzar un desfiladero, desde cuyas colinas lo acosarían simultáneamente las movilizaciones populares que exigían «¡que se vayan todos!, ¡que no quede ninguno!», la reticencia del Fondo Monetario Internacional a auxiliar al país financieramente, y el propio desorden en el interior del Estado y en los partidos políticos. Un gobierno con legitimidad limitada y sin recursos financieros hubiese sido sólo una estación hacia la guerra civil, salvo que existiese algún «contrapoder» que indirectamente lo protegiese: ese contrapoder ha sido, hasta ahora, la sabia decisión popular de preservar a la democracia política.

El balance de 2002 es sumamente interesante. A fines de año la economía, liberada temporalmente del peso de la deuda externa, ha comenzado a mejorar lentamente. Las políticas sociales han atenuado el impacto de la depresión y la devaluación sobre los ingresos. En diciembre, por primera vez en cuatro años, se registra un crecimiento de 1,5% del PIB. La balanza comercial es superavitaria en 17.000 millones de dólares. El dólar se ha mantenido estable en 3,5 pesos durante todo el año. Se han liberado los depósitos bancarios en cuentas corrientes y de ahorro. Comienzan a desbloquearse los depósitos pesificados. Por fin, en enero de 2003 se ha firmado la Carta de Intención con el FMI, que posterga los vencimientos de la deuda por seis meses.

Ahora bien, la limitada recuperación económica es producto de un *mix* entre, por un lado, la capacidad productiva ociosa liberada y la competitividad en el sector externo, generada por la pesificación; y por el otro, la decisión conciente del Gobierno de alcanzar la estabilidad para marchar luego hacia una estrategia económica neodesarrollista. El ministro de Economía, Roberto Lavagna, es un confeso economista heterodoxo. ¿Es posible dar inicio a una estrategia neodesarrollista, al estilo de los Tigres Asiáticos? Sí lo es; los vientos ya no son favorables para el neoliberalismo. Luego del Tequila (1994-1995), la crisis rusa (1997), la del Sudeste Asiático (1999) y la crisis argentina en curso, se ha creado un clima favorable para restablecer la función del Estado como promotor del desarrollo. La decisión del nuevo gobierno brasileño petista de fortalecer institucionalmente al Mercosur es compartida por la sociedad y la mayoría de las organizaciones políticas argentinas.

Pero el problema argentino es que la crisis global ha producido en lo político una «crisis de hegemonía». Esta crisis se manifiesta a través de dos hechos fundamentales. Uno es *la disolución del régimen de representación política*: en enero de 2003, 53% de los ciudadanos habilitados para votar señala que lo hará en blanco, que anulará su voto nulo o que se abstendrá. Si este indicador se mantiene, el nuevo presidente electo el 27 de abril (o en segunda

vuelta el 18 de mayo) representará a menos de 50% del padrón electoral. El otro es la *anarquía existente en los partidos políticos tradicionales*. El PJ no puede resolver el conflicto central entre duhaldistas y menemistas, y otros conflictos generados por fuerzas peronistas provinciales, y no es capaz de elegir un candidato único (el duhaldismo ha optado recientemente por Néstor Kirchner, gobernador de la provincia patagónica de Santa Cruz). La UCR está inmersa en una crisis múltiple, que le impide hasta ahora elegir un candidato. El partido Argentinos para una República de Iguales (ARI), liderado por una ex-dirigente radical, Elisa Carrió, es incapaz de superar el «síndrome Frepaso». La nueva derecha, expresada en pequeñas formaciones políticas, no puede unificarse. La izquierda en sus diversas modalidades (socialistas, marxistas-leninistas, maoístas, trotskistas, etc.) está en condiciones de agitar el ambiente dentro de los nuevos movimientos sociales, pero carece de peso en la sociedad. Ningún candidato supera el 15-20% de intención de voto, dentro de los que dicen que van a votar. De modo que el *voltaje* de la crisis económico-social ha descendido, pero el de la crisis política ha aumentado. La pobreza y el desempleo darán continuidad a la movilización social del pueblo.

Las elecciones presidenciales sólo podrán dar lugar a una administración sólida si se constituye un gobierno de coalición y se emprende la tarea de reformar las instituciones políticas. Es lo que reclama la sociedad: por eso el reciente 16 de diciembre, cuando el nuevo presidente brasileño, Luiz Inácio «Lula» da Silva, visitó la Argentina, una encuesta de carácter interno realizada en Capital Federal y Gran Buenos Aires por la Jefatura de Gabinete del gobierno nacional, indicaba que 43% de los encuestados creía que la Argentina debía aprender políticamente del Brasil, y que en el país era necesario un partido estilo PT. Está claro que si no se reconstruye alguna centralidad política democrática con eje en el peronismo podemos desembocar en un cuadro de «vacío de poder», el escenario para una restauración autoritaria de derecha sin necesidad de golpe de Estado. La derecha política (que incluye al menemismo) entonces, como lo hizo Fujimori en Perú, haría la reforma política. Pero el país entraría en coma. Sería el resultado inevitable de la acción destructiva de las dos enfermedades que he comentado.

Buenos Aires, febrero de 2003











